

# LLORENÇ VILLALONGA: EL LIBERALISMO SE MUERE

## El apocalipsis

La calle donde vive Villalonga es estrecha, algo sinuosa. Amplios portales a cada lado, con sus anchas y austeras escaleras, la cisterna, las plantas de hojas verdes y alargadas. Son las casas señoriales de Palma, de una sencillez casi monacal. En los muros aún están las barras en donde se ataba a los caballos. Ese es el barrio de la Seo, el barrio color ocre y silencioso. Las barbacoas en donde se amontonan turistas sudorosos e histéricos quedan lejos. Aquí sólo el silencio, un claxon que cruza la plaza del Ayuntamiento o el lento compás de un caballo. Detrás está el barrio de los «xuetes», los judíos conversos de Mallorca, que, según la esposa de Llorenç Villalonga, son muy devotos; nosotros tenemos la misma parroquia que ellos, Santa Eulalia, y por eso lo sabemos. Las beatas y los curas con sotana cruzan la plaza de la Almudaina y los «picadors», los «gigolos» que buscan extranjeras desajustadas, se tumban en las playas de la bahía de Palma. Las campanas de la Seo interrumpen la somnolencia de la siesta. Es mediodía.

Llorenç Villalonga me recibe en una sala oscura, cerca de una mesa con una bandeja de plata llena de tarjetas. Me mira con la boca entreabierta, los ojos inquisidores, el porte ceremonioso. Pasamos a otra sala que da a un patio sin sol y lleno de plantas verdes. El escritor, mirado de frente, tiene un rostro alargado, aristócrata. Pero su perfil es demasiado agudo y cortante. Su nariz es curva y los ademanes distantes, fríos, elegantes. La conversación se desliza a medio tono, entre matices, sugerencias, entre la ironía y la amabilidad. Su mujer, sentada en un amplio sillón y frente a una mesa camilla, borda un pequeño pañuelo mientras sigue el diálogo. La tarde desaparece con lentitud.

—Sé que para usted, señor Villalonga, el mundo ya no tiene explicación racional.

—Usted está en lo cierto. El mundo hoy ya no tiene explicación racional. El mundo es un absurdo. Esa civilización racionalista, mecánica, industrial, se va hacia abajo. En cierta manera he seguido lo de esos jóvenes que

a mí no me son simpáticos, los hippies...

—¿Por qué no le son simpáticos?

—No lo sé. Pero reconozco que tienen razón de ser como son. Ellos se oponen a la sociedad de consumo, que está mal dicho, porque toda sociedad es de consumo, pero es que la nuestra es archiconsumista, es una exageración. Tienen razón ellos en reaccionar contra esa sociedad materializada que dice una cosa y hace otra. Por ejemplo, con las guerras: al final del siglo diecinueve, Víctor Hugo escribió un prólogo para el catálogo de la Exposición en París en que decía que la civilización había llegado a su nivel más alto, y que en el siglo diecinueve ya no habría más guerras.

—Muy profético.

—Era un profeta que se equivocaba. La intuición, cuando acierta, es maravillosa, pero cuando no lo adivina... Por ejemplo, Hitler decía que ganaría la guerra. Estaba seguro de ello.

—Ahora que ha citado a Hitler, ¿no le preocupan esos brotes de neofascismo que surgen por Europa?

—Sí, porque con otro nombre me da la impresión de que volveremos. Se pueden mudar los nombres, pero no las esencias. ¿Recuerda en *La montaña mágica* aquella conversación entre Nafta y Septembrini? Septembrini es un hombre liberal, simpático. Nafta es oscurantista, tético. Nafta dice que el progreso técnico no llevará el liberalismo, sino el terror. En efecto, el terror de la bomba atómica, del fascismo, de Hitler, que habría tirado la bomba si la hubiera tenido. Y llegará un día en que todo acabará con la bomba. Yo le decía eso a un amigo mío y él me contestó que no la tirarían porque sería una locura. Y bien, ¿es que no hay locos?

—Ya se ve algo de ello: están tirando napalm a campamentos de refugiados palestinos. Y luego lo de Vietnam...

—Sí, se habla mucho de la «terrible» Edad Media y ahora se repite.

Villalonga me enseña su despacho, oscuro y frío. Al lado de un crucifijo, un retrato suyo en que parece un místico. Las manos alargadas, como si orasen. Subimos al desván, de anchas habitaciones, blanqueadas y llenas



de luz, que contrastan con la penumbra de los salones de la planta principal y con la humedad de los patios interiores. El desván está orientado hacia el mediodía y casi siempre da el sol allí. Silencio por encima de las azoteas de las casas señoriales y las cúpulas de la Seo. Veo ropa blanca tendida. Un gato negro desaparece entre sombras. El sol se aleja del mar, de la mancha azulada, estática y brillante, como un cuadro expresionista. Teresa Gelabert me señala por los tejados las casas de gente conocida. Me relata historias del vecindario, mientras Villalonga se sienta frente a una mesa austera, con un retrato del arruinado barón de Kiesserlyng. Reposa su mano aristócrata en el respaldo de una silla. Sus ojos se alejan. Nos miran, ausentes.

—Recuerdo su famosa idea de que el pez se muerde la cola, que tanto ha repetido en sus li-

bro; aquello de *El misántrop*: «Los más avanzados son los más cavernícolas»...

—Bien, esto es una teoría metafísica. No sé si llega, pero, en fin...

—¿Quiere decir que habrá una autodestrucción total, cósmica, y que luego se volverá a empezar?

—Eso me parece. Chesterton, que hoy no está muy de moda, dijo que el fin del mundo había sucedido muchas veces. Una civilización que está cerrada se ha acabado y tiene que volver a empezar. De manera que no será raro que después de tirar la bomba atómica y que no quede nadie —sobre todo en los países cultos, que serán los que más sufrirán— se salvarán algunos salvajes de las islas del Pacífico y volveremos a la Edad de Piedra. Toda la nuestra cultura se perderá.

—Volviendo a los hippies, ¿no



El mundo, hoy, ya no tiene explicación racional.

## MONTSERRAT ROIG

cree que están fracasando y desapareciendo?

—Sí. Ellos quisieran hacer una especie de paraíso terrenal. Su intención es muy buena. Como lo fue la de Rousseau, que también fracasó. Ahora todo el mundo habla de la ecología y se hacen congresos contra la contaminación de la atmósfera. En este congreso que se hizo en Viena hace tres

o cuatro años se dijeron cosas muy bien dichas, pero luego todo acabó con un baile y con una ópera muy hermosa en el teatro de la Opera, de Viena. Pero la atmósfera cada día está más contaminada.

En otra habitación, la del centro, entre alambres de tender la ropa, están unas anillas y un trapeo oxidado. Villalonga ha he-

cho deporte durante buena parte de su vida. Pienso en *El misántropo*, cuando uno de los protagonistas exclama que no hay nada comparable al deporte, ni las mujeres. Es la mitificación del peligro, del riesgo personal, el ansia de aventura que encumbra a toda una generación que soñó un día —pero de varias maneras— en un mundo más fuerte, más seguro de sí mismo. Es la mística del peligro que Villalonga ha tratado en obras tan diversas como *Bearn*, *L'ángel rebel*, *Falses memòries*, *Les temptacions*, *La Lulú*, *Les ruïnes de Palmira*, etcétera, es la idealización del circo. Es la figura de San Sebastián, el símbolo en que ansia reflejarse Aschenbach de *Muerte en Venecia*. Recuerdo, mientras me paseo con Villalonga por entre sus baúles repletos de libros llenos de polvo, entre sus retratos amarillentos y las cuerdas de las anillas hoy podridas, en lo que él escribiera un día: «El héroe, sin embargo, es bello, es una fuerza de la creación».

Bajamos a los salones deciochescos por una empinada escalera de caracol. Mientras, su esposa me cuenta que su marido es un «dragón de agujero», y que le encantaba de pequeño esconderse en el desván con su hermano Miguel. Cogemos galletas mallorquinas y bebemos vino dulce de Binissalem. Un silencioso gato negro reposa sobre las rodillas de Villalonga. Nos cuentan que el gato no soporta las visitas maleducadas, las que hablan fuerte y hacen mucho ruido.

—Oponer a la industria del automóvil la filosofía del hippy es utópico, ¿no?

—No sé yo qué fuerza pueden

tener. Por casualidad, ¿no les gustaría a ellos poseer su auto? Es difícil lo que ellos quieren. Para ser hippy hace falta ser joven, y la juventud pasa muy pronto.

—¿Qué piensa de las teorías políticas que intentan transformar el mundo desde el punto de vista colectivo?

—Eso sería la única salida posible. Lo he escrito varias veces. Y no es que simpatice con el socialismo, que quizá me perjudicaría como persona.

—¿Por qué?

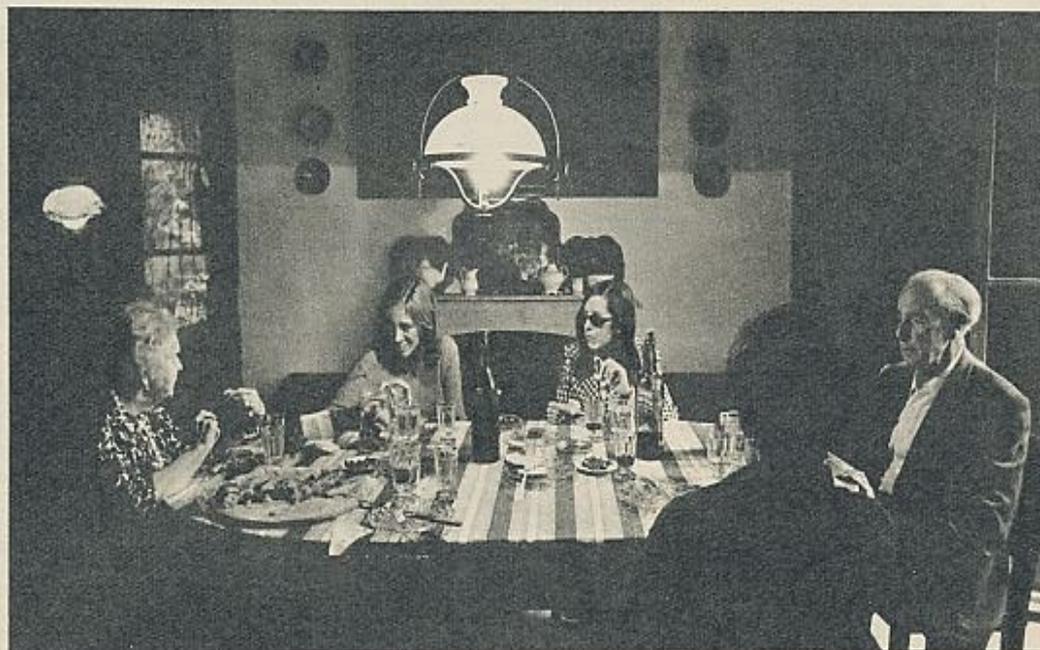
—No lo sé. He dicho quizá. No lo sé con certeza. Pero nuestra civilización sólo podrá sobrevivir con un régimen completamente socialista. Si no viene el terror que profetizaba Nafta, el mundo se destruirá a sí mismo. Las máquinas tienen un poder enorme hoy día y sólo las fiscalizan unas cuantas personas. No es una teoría lo que estoy diciendo. Se puede comprobar. El problema del auto no es tan grave en Rusia como en Europa o en Estados Unidos.

—Frente a la destrucción que, según usted, va a provocar la bomba atómica, ¿no ve otra salida?

—No, no la veo. Es cómico que los Estados Unidos la tiraron por humanidad. Pero al mismo tiempo la cosa es trágica.

En el salón se respira un clima de Siglo de las Luces. Figuritas pastoriles, dos tapices llenos de gente y a cada lado de la chimenea de mármol un Tiziano falso. No es cierto que sean falsos. Lo son los del Louvre y el Prado. Yo no tendría nunca Tizianos falsos. Dice Teresa Gelabert muy seria, mientras adivino en sus ojos de aguamarina un imperceptible hábito de ironía. Un telón, como si de un escenario para niños se tratara, tapa de chimenea, decorada con motivos florales. Mientras conversamos, observo el patio lleno de geranios y la palmera que despunta por encima de la pared que separa la casa con la de los vecinos. Es la palmera de doña Obdulia, de *Mort de dama*, la mujer que un día representara a toda la rancia aristocracia mallorquina. El reloj del recibidor confunde sus campanadas con las de la Seo. Un coche de caballos pasa lentamente. La conversación se desliza suave, porque Villalonga no polemiza, no discute. Amante de la teoría de los contrarios, se ha sentido siempre atraído por el siglo XVIII, por Francia, por «el orden dentro de la tragedia». Villalonga se rie de la antigüedad de los linajes, pero todo lo que es del XIX se le antoja demasiado «nuevo». Hijo de mahonesa culta y de cosmopolita, le duele no saberlo todo y argumenta que para él «catástrofe» quiere decir «final». Dice con frecuencia que no sabe una cosa o que no sabe qué decirme. Y lue-

La mesa familiar. A la izquierda, la esposa del escritor.



## LLORENÇ VILLALONGA:

go opina. Cuando le comento que su obra gusta a jóvenes que están en las antipodas de sus ideas y de su clase social se sonríe. Al fin y al cabo, como don Toni de Bearn, cree que todas las ideas son susceptibles de infinitas posibilidades de interpretación... Como lo es esta entrevista, que, según Villalonga, yo puedo darle un tono, y seguramente también su contrario.

### El escepticismo de un viejo liberal

—¿Usted es aún el escéptico del mundo literario de Bearn?

—¿Escéptico en qué sentido? ¿En no creer que el mundo tenga remedio? Creo que no lo ha tenido nunca, desde luego.

—¿No tiene fe en nada? —En este mundo, no. El otro supongo que será mejor. Pero puede ser una suposición gratuita.

—¿Es más religioso que antes? —Sí...

—Perdone mis indiscreciones. —No, no lo son. Es que hay cosas que a veces uno no las sabe. En este mundo no tengo fe. Repetimos la historia y caemos en los mismos errores.

—La experiencia, la tradición, ¿no sirven para nada?

—Creo que para bien poco. Por esto soy escéptico.

—¿Ha evolucionado hacia la religión?

—Creo que siempre he tenido un fondo religioso, en el sentido mítico.

—¿Cristiano, no católico?

—No lo sé. Tenemos una amiga, que casi no tratamos, que quería ser judía. Y no lo era por su linaje. La encerraron en el manicomio.

—Está casi dentro de la aristocracia —dice su mujer.

—Pues quería ser judía porque cree que el Dios del Antiguo Testamento es más positivo que Cristo.

—Ha terminado en una clínica mental, ¿eh? —repite su esposa.

—Quizá llegue un momento en que los enfermos mentales digan que somos nosotros los que estamos locos.

—Hay médicos que dicen que es la sociedad la que está enferma... Usted, como psiquiatra, ¿no lo ha pasado mal?

—¡Oh! He podido constatar una cosa: y es que la psiquiatría está muy bien para dar un discurso, una conferencia, para estudiar muchas cosas y tomar muchos apuntes. Pero luego nos quedamos igual que antes.

—¿Le ha inquietado darse cuenta de ello?

—Sí, eso de pensar que uno estudia y razona y que luego no sirva de nada...

—¿No se ha dedicado a escribir ante la imposibilidad de curar a sus enfermos?

—Sí, estoy seguro de ello. Gog, de Papini, va a visitar a Freud y le pregunta por qué se ha dedicado al psicoanálisis. Freud le dice que él era un novelista fracasado, y que como sus novelas no gustaban a nadie se hizo psiquiatra.

—Como usted, pero al revés.

—Al revés, que es lo mismo. En la geometría de hoy todo es curvo. Si nos marcháramos en línea recta, después de caminar miles y miles de kilómetros, volveríamos aquí, donde estamos sentados. Siempre los contrarios se tocan.

—Es lo del pez que se muerde la cola.

—Yo pretendo haber descubierto la metafísica del pez que se muerde la cola. Claro, que he descubierto una cosa que ya lo estaba hace miles de años.

—Es como aquello de descubrir el Mediterráneo —dice su mujer.

La sala de recibir, recargada de muebles isabelinos y rococós, con los mismos sillones, cójalos y verá de qué material están hechos, y el mismo empapelado de sus antepasados. Me enseñan dos retratos pequeños, casi una miniatura. Ella, una mujer bellísima, de grandes ojos, con un sombrero de plumas, es Teresa Gelabert. El, Llorenç Villalonga.

—Dicen que María Antonieta —me cuenta Llorenç Villalonga— llevaba un barco en la cabeza. Me acuerdo de ella cuando veo este retrato.

Llorenç Villalonga fue Premio Nacional de Literatura hace pocos años. Era un atardecer en que él estaba de tertulia en el salón deciochesco cuando le dijeron que a la mañana siguiente le esperaba el ministro a las tres para comer. Que tenían el billete de avión pagado y reservado.

—Me excusé diciendo que mi hermana María había muerto hacía poco y que llevábamos luto. Lo cual era cierto. El premio me recordó a Luis XIV, que quitaba poderes a sus nobles, aun feudales, y les daba honores. Uno de estos privilegios era poder ver al Rey por la mañana en su cama antes de levantarse.

### La sociedad mallorquina

Llorenç Villalonga, tal como lo ha descrito Joaquim Molas, pasa de la caricatura en *Mort de dama* al mito en *Bearn*. Su obra son unas vastas memorias, idealizadas, de un mundo caduco; el de la aristocracia rural mallorquina. Lúcidamente, el escritor mallorquín expone el fin de todo un mundo que tuvo en su tiempo una razón de ser. Sus esquemas se han muerto, los personajes villalonguianos vagan entre la idea y la realidad. Sus fantasmas cantan la última elegía. «El pre-

sente no existe, es un punto entre la ilusión y la añoranza», dice don Toni en *Bearn*. El tiempo se difumina tras madame Dillon, Palmira, Lulú, doña Obdulia, la marquesa de Pax, Marcelle, Concha Romanos, la Puntillera, doña Antonia de Bearn..., personajes femeninos que expresan su decadencia a través de las palabras de su autor: «Retratando a los demás es como nos retratamos a nosotros mismos». Y esta es la versión villalonguiana del célebre *La Bovary c'est moi*. Es la constatación del paso del tiempo expresado a través de las formas clásicas, de la medida, del equilibrio. Es la poesía que circunda, sin violarlo, lo misterioso. Villalonga es enemigo del romanticismo. Clásicos y románticos para él vienen a ser lo mismo, pero opina que mientras los románticos van despeinados, los clásicos se peinan.

—Su padre, militar, ¿cómo se tomaba el que fuese gente de letras?

soy capaz de escribir una novela?». Y se quedó muy satisfecha: «Yo ya decía que no erais capaces», terminó por decir.

—De joven se consideraba un rebelde contra la sociedad mallorquina.

—No sé qué me consideraba. Me hacía gracia doña Obdulia. Mis hermanos le tenían antipatía: era vanidosa, absurda, pesada. Venía una vez por semana a comer a casa.

—¿Y era suficiente! —dice su esposa.

—¿Por qué escribió *Mort de dama*?

—Porque me divertía la señora. Quería escribir un libro cómico.

—Pero pretendió escandalizar, y por eso arrojaron su libro al mar. Y no era más que un símbolo, porque lo querían arrojar a usted.

—Yo iba de buena fe, no quería escandalizar, me hizo gracia



Niño, junto a su tía monja.

—No le gustaba. Pero tampoco se acababa de enterar.

—Cuéntale la anécdota de tía Antonia —dice su esposa.

—Una tía mía, hermana de mi padre, me dijo un día, cuando yo ya era mayor y ya había escrito *Mort de dama*: «Oye, ¿es cierto lo que me han dicho, que has escrito una novela?». Me lo dijo muy enfadada, y yo le repliqué: «Pero tía, ¿tú crees que

eso de que me quisieran arrojar al mar. Yo nadaba muy bien y no me habría ahogado. Doña Obdulia tenía muchas gracias. Ella siempre veía las cosas muy claras y no porque lo fueran. Tenía ochenta años y razonaba como una chica de veinte. Para argumentar que no todo el mundo podía ir al círculo, decía: «Al cielo yo sé que puede ir todo el mundo. Pero al círculo sólo



Lorenzo Villalonga, en Mahón, junto a «tres novias».

pueden ir las personas decentes». Su versión era pequeña, simple, estrecha.

—¿Cómo ve la sociedad mallorquina actual?

—Hoy no la veo de ninguna manera. Se está disgregando. Está en un período de transformación. Aunque todos lo son y no te das cuenta hasta que han pasado.

—¿Se mantiene la sociedad rural mallorquina?

—En ámbitos muy cerrados; no sé qué decirle. La agricultura económicamente es una ruina, y muchas casas de este barrio, que son como palacios, vivían antes de sus tierras y hoy no saben cómo mantenerse.

—¿Y esa gente ha hecho negocios con el turismo?

—Muchos viven de él. Una familia muy rica, muy bien emparentada históricamente, tiene dos hoteles.

—No ponga su nombre, que aquí todos nos conocemos —me dice su esposa.

—La historia y la «chafardearía» vienen a ser lo mismo.

—¿De qué viven ustedes?

—¿Nosotros? —se ríen los dos—. No lo sabemos. Pero, en fin, vivimos.

—¿Quizá de la literatura?

—¡De la literatura seguro que no! —aún se ríen más.

—Los editores sí que viven de ella, pero los autores no —dice su mujer.

Villalonga, «un viejo liberal, que si guarda las formas es precisamente para decir la verdad», no se considera un hombre de acción. El es un contemplativo, un hombre que cree que la acción es inútil. Ya casi es de noche, el gato ronronea en el regazo de Villalonga, mientras su mujer ha guardado el pequeño pañuelo que bordaba. Hablamos

ahora de **Muerte en Venecia**. El vino dulce de Binissalem calma, da placidez a la conversación. El tiempo parece detenerse. Se detiene como se alarga en sus novelas; como dura la edad de doña Antonia de Bearn, que muere a finales del XIX, es mujer madura durante los años treinta, en **Las tentaciones y Mort de dama**, y se transforma en una anciana infantilizada, en 1990, en **Las ruinas de Palmira**.

—Creo que en **Muerte en Venecia**, Aschenbach tenía que enamorarse de la madre, de Silvana Mangano, y no de Tadzio. En mi juventud tuve grandes amistades con amigos, pero nunca se me hubiera ocurrido, hablando crudamente, enamorarme de uno de ellos. Yo a los siete años no valoraba la belleza masculina, me daba asco. Después la valoré porque iban más limpios. Los estudiantes de los años veinte tenían muy en cuenta la higiene. Antes de los dieciocho años me repugnaban. Yo estaba enamorada de mi madre, que, junto con mi esposa, me inspiró el personaje de María Antonia de Bearn. El hombre tiene valor en su virilidad cuando es una mujer quien lo inspira.

—Esto me da que pensar en **El misántropo**. Cuando uno de sus personajes dice que el hombre es más capaz de valorar la belleza física masculina que la mujer, que aprecia sólo su espíritu. Me recuerda el homosexualismo de los nazis.

—Es que una cosa es la belleza y otra el deseo sexual. Lo cual es un poco misterioso.

—Salen pocos criados en su obra. ¿Siente más predilección por las clases altas porque literariamente cree que dan más de sí?

—No, no lo creo. Por lo menos literariamente. Piense en **Miseri-**

**cordia**, de Pérez Galdós. La protagonista es la criada, que pide limosna para mantener a su señora. La duquesa de Guermantes, de Proust, tiene mucho atractivo, pero aún lo tiene más su criada, Francisca.

—Pero usted se siente atraído por los personajes refinados, de tradición rancia, cultos...

—No, no es cierto. César Lácar, de **El misántropo**, es un aristócrata por derecho propio, no por abolengo. Pasa también con los animales. Yo tenía una perra que no podía acreditar su apellido, que era hija de siete padres, y en cambio era magnífica.

—¿Qué prefiere en una persona, la clase, la inteligencia o la bondad?

—El linaje es lo que la gente quiere ver. Si no, no es nada. La inteligencia es lo más agradable; con una persona inteligente se puede conversar. La bondad... no lo sé. Ni la Iglesia sabe lo que es. Pobreza de espíritu, simpleza o algo maravilloso.

## El mundo mítico de «Bearn»

Al cabo de dos días vamos a Binissalem con el matrimonio Villalonga; en su coche, un Renault, una enorme carroza negra de matrícula doce mil y con cinco asientos detrás. Unos cristales separan el compartimiento del chófer. Teresa Gelabert no quiere un coche sin cristales. Por su altura parece un coche fúnebre. Para subirse en él hay dos escalones, y una vez dentro da la impresión de ir entronizado. Mientras íbamos por Palma la gente nos miraba. Binissalem, que en parte ha inspirado, junto con las tierras secas y más abruptas de Tofla, el mundo geográfico de **Bearn**, está a 22 kilómetros de Palma. La carretera es llana y está bordeada por olivos y almendros. El chófer no habló en toda la tarde. Con él iba la camarera, hermana del chófer. Los dos fueron un par de sombras, silenciosas, discretísimas, eficientes. Como dos muebles que se movían, hicieron lo necesario, arreglar la casa mientras Teresa Gelabert nos enseñaba el jardín, preparar la merienda, servirla, lavar los platos, cerrar ventanas y puertas y sentarse en un rincón oscuro esperando la hora de partir. Como mandó Francina en **Bearn**.

—En **Bearn**, es cierto, hay mucho de autobiografía. Reservándose los derechos de la verdad y la mentira, como ya dice otra novela, **Falsos memóricos**, cuyo título fue un acierto. La casa de **Bearn**, en ella colóqué dos cañones de bronce que nunca existieron, es una síntesis de cinco o seis casas que a mí me han llamado la atención. Hay un poema de Musset que explica esto muy bien; lo acusaban de tenerse de-

masiado en cuenta a sí mismo y respondió: «De l'un je prends le pied, de l'autre le nez, de l'autre, devinez!». Tuve problemas para editar **Bearn**. En la Editorial Destino me dijeron que les había gustado mucho, pero que había crisis y muchas novelas comprometidas. En fin, que no les había gustado.

—Fue una suerte que usted se la publicara en versión castellana un año antes de **El Gattopardo**, de Lampedusa.

—Sí, me la publicó yo, y me costó cinco mil pesetas.

—¿Por qué suprimieron el final a la primera edición catalana?

—El editor me dijo que sobraba. Yo le respondí que, por sobrar, sobraba toda la novela. Que el mundo seguiría igualmente. Y el epílogo era importante, porque se mostraba no la ruina material de una familia, sino la ruina total. En **El Gattopardo** pasa lo mismo: un jesuita demuestra que las reliquias de la familia están falsificadas. Hay muchas coincidencias entre las dos novelas: una sociedad antigua frente a otra revolucionaria que la quiere hundir. Una isla mediterránea. Las diferencias podrían estribar en que Mallorca es pobre e Italia es rica. Por lo menos en cuanto al arte.

—Para mí **Bearn** es una de las dos o tres mejores novelas que se han publicado en España después de la guerra. Y me gustó más que **El Gattopardo**.

—Gracias.

Entramos en una sala alargada y oscura, llena de mecedoras mallorquinas. En el comedor, cerámica colgada. Arriba, un altar entre dos habitaciones. Cuadros negros, románticos, llenan las paredes. En su despacho, justo encima de la «clasta del lleonor» (1), en donde hablan los criados en toda la obra de Villalonga, se exhiben armas medievales; su «retórica» es la de la muerte cuerpo a cuerpo. Divagamos sobre los combates en naufragios medievales. En una vitrina, la Summa Teologica, que, junto con otros libros que estaban en el índice, se le legó un tío que era cura. En la biblioteca, Azorín, Campoamor, Pío Baroja, algunos volúmenes de medicina. Bajamos al jardín lleno de cipreses. En el suelo, hojas muertas, flores secas, mustias. Pienso en don Toni de Bearn, el viejo escéptico, liberal, razonable, indiferente, enemigo del romanticismo, defensor de la contención. Como Villalonga, entre Santo Tomás, las armas medievales, Baroja y el altar. Imposible de adivinar cómo es, igual que las imágenes que se reflejan en un espejo... «de estas personas que nunca se han cerrado en un solo sistema,

(1) «Clasta» es patio en mallorquín. «Lleonor» es un árbol, el alméiz. La «clasta del lleonor» es un lugar muy citado en la obra de Villalonga.

# EUROBASKET'73



LA JIRAF A PIVOT

## XVIII CAMPEONATO DE EUROPA DE BALONCESTO

BARCELONA-BADALONA 1973

Del 27 de septiembre al 6 de octubre próximos se celebrarán en Barcelona y Badalona los XVIII Campeonatos de Europa de Baloncesto, con la participación de los siguientes países:

URSS, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Israel, Turquía, Yugoslavia, Italia, Bulgaria, Francia, Grecia y España.

Estos doce equipos se dividirán en dos grupos, los seis primeros celebrarán las fases preliminares en el Pabellón del Juventud de Badalona, y los seis restantes, en el Palacio Municipal de los Deportes de Barcelona.

Las finales del Campeonato Europeo se celebrarán en Barcelona, en el Palacio Municipal de los Deportes.

La mascota del Eurobasket'73 es la Jirafa Pivot, que precisamente por ser el animal más alto, simboliza perfectamente al jugador de baloncesto.

Parten como favoritos, y, por tanto, son cabezas de serie de sus respectivos grupos, las selecciones de la URSS y Yugoslavia.

Palabras de don Juan Gich, delegado nacional de Educación Física y Deportes, relacionadas con el XVIII Campeonato de Europa de Baloncesto, que se celebrará en Barcelona y Badalona de los días 27 de septiembre al 6 de octubre próximos:

«He vivido de cerca y he compartido en estos pasados meses con los miembros del Comité Organizador y con la Federación Española, los trabajos de Organización del XVIII Campeonato de Europa de Baloncesto, que se desarrollará en Barcelona y en Badalona.

«Conozco, por tanto, toda la labor realizada, y estoy seguro que el éxito en el desarrollo del torneo estará acorde con las tareas previas, en la misma forma en que lo están la ilusión y la capacidad de cuantos han intervenido e intervienen en ello. Sólo me queda saludar cordial y efusivamente a cuantos van a participar en este gran certamen deportivo, deseando a nuestros huéspedes que su estancia entre nosotros resulte agradable, y que la amistad deportiva prevalezca sobre todo lo demás».

quizá para no prescindir de ningún aspecto de la verdad»...

—Don Toni de Bearn es una síntesis entre mi tío Josep Palau de Comaseva y yo. Mi tío tenía una gran fortuna y lo había perdido todo. Decía que los jornaleros tenían que pagar parte de los impuestos de los señores con lo que ganaban de su trabajo. Argumentaba que los señores necesitaban más dinero para poder vivir como señores. Decía que «Dios los había hecho así». Se sentía señor un poco por derecho divino. A Dios se le puede atribuir lo que se quiera. Como no dice nada...

Nos sentamos en un salón de la planta baja, cerca de un cuadro oscuro que representa una asamblea de gatos. Es un salón afrancesado; empieza la tertulia mientras esperamos la hora de la merienda. En las paredes, grabados franceses de historia de España. En una de las reproducciones cuentan que Isabel II (sic) recibe las ofrendas de Colón. La conversación parece retroceder, amable y ociosa, al siglo XVIII. Villalonga sostiene que al cabo de diez mil años nos volveremos a encontrar todos sentados en el mismo salón y conversando lo mismo.

—¡Qué tontería! —dice Teresa, su mujer.

—Usted parece más racionalista que su marido —le digo yo.

—No, tengo más sentido común.

Villalonga habló de Nietzsche y de su teoría del átomo. Los átomos permanecen en el espacio y se mezclan muchas veces, muchísimas, hasta confeccionar millares y millares de combinaciones. Tantas que un día llegaríamos a estar nosotros mismos en el mismo salón y hablando de los átomos y Nietzsche. Es difícil separar en sus palabras la ironía del sentido trascendente. Luego divagó sobre los gestos atávicos y sobre la intuición de las criaturas. Y de los reflejos condicionados. Y de Juan Ramón, de Zenobia y de la famosa frase del poeta: «Poesía es lo que queda cuando se ha eliminado todo lo que no es poesía pura». Y de los pollos de granja. Una tertulia desligada, agradable, propia de gente que vive de renta e ilustrada. Muy siglo XVIII.

## De la idílica guerra civil

—Un periodista, no cito su nombre, pero usted ya sabe quién es, le acusaba una vez de reaccionario. ¿Qué le pareció a usted?

—Pensé que tanto me daba. Este entrevistador daba importancia a cosas muy raras. Hizo una entrevista a un señor francés y le preguntó que qué desayunoaba por la mañana. Y el entrevistado le contestó: «¿Y a usted

qué le importa?». No me tengo por reaccionario, porque tengo conocimiento. Suponiendo que a mí me gustara mucho en siglo dieciocho y la política de Luis XIV, ¿y qué, si estamos en el siglo veinte?

—Sin embargo, ¿usted se considera un hombre de derechas?

—Según lo que diga ser de «derechas». Si por derechas se dice que no le gusta a uno oír tiros y estar sentado cómodamente, entonces sí.

—¿Cómo era su familia?

—No sé qué decirle. ¿Mi padre o los del siglo quince? ¡No eran iguales!

—En su conjunto: ¿eran de la clase alta, Botifarres?

—No, los Botifarres son modernos, para los que tenemos papeles del siglo catorce y quince. Ser Botifarra no es nada. Son los Botiflours, los partidarios de Felipe V, los de la Flor de Lys.

—Tengo entendido que su hermano Miguel, que también fue militar, era un hombre de gran personalidad e inteligencia. Su actitud frente a la vida, ¿cuál era?

—No lo sé. Divergíamos en muchas cosas, pero coincidíamos en una: no creíamos que la civilización industrial pudiese llevar las bondades y las excelencias que todos habíamos soñado.

—Entonces, según usted, ¿es necesario volver atrás?

—No, y aquí está mi pesimismo. Es lo que le decía antes, ¿y qué que me guste el siglo de Luis XIV, «le grand siècle»?

—¿La vuelta a la Arcadia es imposible?

—Sí, y aún más: creo que nunca han existido Arcadias.

—Así, aquello de «cualquier tiempo pasado fue mejor» es absurdo...

—Lo que no es absurdo es que «cualquier tiempo pasado» nos parece mejor.

—En Les ruines de Palmira construye usted una visión muy idílica de la guerra civil.

—Pasaba una cosa: como mi mujer tenía miedo de las bombas y a mí no me hacían gracia nos fuimos a Binissalem. Tuvimos dificultades económicas: valores que dejaron de pagar, papeles de estado, transmediterráneas. Me quedé sin clientela, porque los enfermos huyeron de Palma. En Binissalem vivimos sin dinero, en la pobreza, que no es miseria. La guerra fue idílica para mí, como usted me ha dicho, porque sólo nos faltaron algunas comodidades materiales. Mi mujer me decía que no teníamos ni azúcar ni arroz, y yo le decía: «Bueno, tomemos otra cosa». Luego, teníamos dos criadas, que pasaban más pena ellas que nosotros para poder hacer la comida. Un día, mi mujer me dijo: «Mira la pobre María busca hierbas por el corral para ha-

cernos sopas». A mí aquella vida me hacía gracia.

—Era una vida casi roussoriana.

—Exacto. Era la vida que a mí me gustaría llevar.

—¿Y no le inquietaba lo que pasaba en la Península?

—Sí, pensaba en ello a veces. Pero yo no podía hacer absolutamente nada. Ni por los de la Península ni por los de aquí.

—¿Qué impresión guarda de la República?

—Que empezó muy bien. Todo miel y azúcar. Don Niceto Alcalá, usted aún no había nacido, dijo que no perseguiría la religión. Pero la dulzura se fue agriando, y acabó con lo que dijo Azaña: «A los de Casas Viejas, tiros en la barriga». Los de aquí son indiferentes, y dijeron que tendrían un presidente en lugar de un rey. Luego vinieron los motines, porque faltaba pan. Se fundó el partido fascista, que no tenía a nadie, sólo a dos amigos míos, Pep Moragues y el marqués de Zayas, que eran los jefes. Yo les decía que estaban solos, y ellos me tildaban de intelectual, y me advertían que me esperase. El primer día de los bombardeos, Zayas me dijo que no tenían tiempo para inscribir a toda la gente que se quería afiliar.

—Usted fue un monárquico recalcitrante.

—No, sentía algo de simpatía, por hábito, por el rey. Y quizá, porque la reina era muy guapa. La monarquía es como más elegante, ¿no es cierto?

—¿Por qué se hizo falangista?

—Porque Zayas me lo aconsejó.

—Me parece que no lo fue con mucha convicción.

—No. Zayas me hizo fundar un puesto de socorro para la defensa antiaérea en un convento de monjas. La madre superiora no me recibió muy bien, y no le hizo gracia que la orden viniera del jefe de Falange.

—Políticamente, ¿se sentía falangista?

—Políticamente, no. Terminada la guerra, me dijeron si quería ser concejal, y dije que no, porque no sé administrar nada.

—¿Y la leyenda que corre de que usted se paseaba con camisa azul y pistola?

—¡Ah, no, pistola nunca! Le mostraré el puñal que llevaba. Es un puñalito muy mono. Paseaba con él porque nos dijeron que teníamos que ir armados. Mire, hay un tubo en el centro de la hoja que servía para poner el veneno. Es un puñal florentino.

—Pues a mí me dijeron que iba usted con pistola...

—No, y este puñal no lo utilicé nunca.

Cerca de la casa de Binissalem está una calle dedicada a Lorenzo Villalonga de Tofla. Dejamos la casa y andamos más hacia el Nor-



Entre su esposa y él, como padrinos, un misacantano, en Binissalem.

## LLORENÇ VILLALONGA

te. Llegamos a «can Gelabert», la «posseió» (2) del abuelo de Teresa Gelabert. Es una casa aún más grande, casi en ruinas. La parte de detrás está llena de maleza, de hierbas; las paredes, ennegrecidas por el tiempo. La bodega, derruida, con vigas carcomidas, que se caen poco a poco. Hierbas, piedras, trozos de madera, el cielo raso caído, todo derrumbado y amontonado dentro del edificio. El largar también estaba carcomido. Dentro de la cava había una escalera tallada en la piedra, que comunicaba con una mina subterránea que daba al pozo. Todo respiraba una mezcla de misterio, enigma y desolación. Antes, el abuelo de Teresa Gelabert era el dueño de medio pueblo y vivía de las viñas. Hoy, según Teresa Gelabert, el «turismo lo ha deshecho todo». Las almendras no las recoge nadie, y un año se mueren por las heladas, y el otro, porque se pudren en los árboles. Las almendras y el vino de Binissalem daban antes para vivir y tener sus pequeños lujos de aristócratas rurales. En la parte de delante de la casa hay un patio típico mallorquín.

—Algunos de los grandes escritores acostumbran a estar alejados de la política —y de eso se desprende el que ahora muchos escritores jóvenes justifiquen, a través de ellos, su mala conciencia—. ¿Es que una obra de creación, sólida, tiene que estar refiada con el compromiso político?

—Para mí, sí. La misión del intelectual, según Ortega, es buscar la verdad. La del político es realizar cosas, y, por lo tanto, muchas veces tiene que mentir.

—¿Cuál es, pues, la ética del escritor?

—Denunciar injusticias. Nixon, en tanto que político, es lícito que haga suciedades, como eso tan asqueroso de Watergate. En cambio, el intelectual nunca hará trampa.

—Hay políticos y políticos.

(2) Hacienda grande en mallorquín.

—Desde luego. Los hay que son tramposos por esencia y por potencia. Los hay más limpios que otros. La gran diferencia entre un intelectual y un político es ésta: uno busca la verdad, y el otro, el poder.

—Un intelectual, ¿tiene que estar vinculado a su tiempo?

—¡Y tanto! Pero no con un partido político. Eso ya es más opinable. ¿De qué nos serviría alabar a Luis XIV o a Felipe II si están muertos y sus circunstancias no son las de ahora? ¡Qué le vamos a hacer!

En el patio de Can Gelabert, húmedo, hay plantas verdes de todas clases y formas. Enredaderas, cactus. La cisterna está encabezada por una figura de piedra que representa un león, y debajo, una sirena con una serpiente en las manos. Hace años, cortaron los pechos de la sirena por inmoral. Ahora se ven los dos agujeros en su cuerpo. Cuando salimos de la «posseió», Villalonga, que parecía ausente en la visita, me dice que le deprime ver casas en ruina. Yo pensé en Bearn.

—¿Para qué sirve la cultura?

—Pienso un poco como Rousseau. Que quizá estaríamos mejor sin cultura.

—Eso no me lo creo de usted. Ha leído muchísimo.

—Sí, bastante. Quizá es por eso.

—¿No le ha servido de nada?

—... Las cosas son muy complicadas. Cuando estudiaba Física y Química, nos enseñaban que el átomo es una partícula indivisible. Hoy día se dice que es una vibración eléctrica. Llego un momento en que no sabemos nada.

—De todas maneras, no ha respondido a mi pregunta. La cultura, a pesar de que cada día se descubran nuevas cosas, ¿le ha servido de algo?

—Me ha servido para que tengamos esta conversación. Lo que le decía antes: aquel congreso sobre ecología, en Viena, acabó con un baile muy agradable y con una

hermosa ópera, *Le mariage de Figaro*, de Mozart, que gustó mucho. Pero la polución ha aumentado desde entonces.

—Así, la cultura sólo sirve para una agradable conversación...

—Tal vez. Y tal vez eso sea ya una buena cosa.

Sí, yo pensé en don Toni de Bearn cuando dejábamos Binissalem, y, entronizados en el viejo Renault, volvíamos a 40 por hora hacia Palma. Ese viejo liberal que ha guardado las formas para decir la verdad, preocupado por el apocalipsis final, descansa su mano en la ventanilla del coche. Mira los secos olivos, los almendros que se mueren, porque la mano de obra ha preferido las ganancias del turismo a la pobreza del campo. Y recuerdo el final de sus *Falses memòries*, en que dice que el síntoma más sospechoso de nuestro tiempo, quizá el más grave, es el haber perdido la facultad de reír. Sus ojos se empequeñecen, observan, agudos, esa Mallorca cambiante, dislocada, transformada por fuerzas externas. Sus ojos insinúan una leve ironía, a pesar de que sueñan aún en la Arcadia imposible de todo el mundo que, por fortuna, nunca más ha de volver. ■ Fotos: PILAR AYMERICH y personales del entrevistado.

### BIBLIOGRAFÍA

Jaume Vidal Alcover: prólogo en *Desbarats*. Palma de Mallorca. Editorial Daedalus, 1965, pp. 9-16.

Joaquim Molas: *El mite de Bearn en la obra de Villalonga en Llorenç Villalonga, Obres Completes*, vol. 1. Barcelona, edicions 62, 1966, pp. 7-29.

Joaquim Marco: *Un món poètic, decadent i humà. Llorenç Villalonga i les seves obres completes, en Sobre literatura i altres assaigs*. Barcelona, Els Llibres de Sinera, 1968, pp. 134-139 y 139-142.

Joan Alegret: prólogo en *El llum i altres narracions*. Barcelona, edicions 62, 1968.

Baltasar Porcell: «Llorenç Villalonga, profeta apocalíptic», en *Los encuentros*. Barcelona, editorial Destino, 1969, pp. 184-190.

Baltasar Porcell: «Llorenç Villalonga, como la merluza», en *Los catalanes de hoy*. Barcelona, editorial Seix Barral, 1971, Biblioteca Breve de Bolsillo, pp. 343-359.

Damà Ferrà-Ponc: «Aquells anys del Misàntrop...» Artículo aparecido en la revista «Lluc», septiembre 1972, número 618, año LII, pp. 14-17.

Josep M. Llompart: «Mort de dama», de Llorenç Villalonga, en *Guia de la literatura catalana contemporània*. Barcelona, edicions 62, 1973, páginas 225-237.

### OBRAS DE LLORENÇ VILLALONGA. TRADUCIDAS AL CASTELLANO

Bearn, Seix Barral.  
Muerte de dama, Editorial Salvat.  
Desenlace en Montlleo, Seix Barral.  
Las tentaciones, Seix Barral.  
Dos pastiches proustianos, Tusquets.  
Teatro (en preparación).